



## REBELDES CON CAUSA: LOS MOVIMIENTOS CONTRACULTURALES DE LOS LARGOS SESENTA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA

AREANÍ MOROS VILLEGAS\*

*Escuela de Historia, Universidad de Los Andes*

### INTRODUCCIÓN

Los años sesenta fueron el escenario de uno de los movimientos socioculturales más significativos del siglo XX, durante el cual los jóvenes fueron impulsores y protagonistas de nuevas tendencias que abarcaron desde el activismo político y vanguardias artísticas, hasta el cuestionamiento o rechazo abierto de las convenciones sociales establecidas. La llamada *Contracultura*<sup>1</sup>

---

\* Licenciada en Historia con la tesis 'El poder de la Flor'. *La Contracultura de los Largos Sesenta en los Estados Unidos de Norteamérica*. Dicho trabajo fue presentado y aprobado en el año 2014 con Mención Sobresaliente y recomendado para publicación, en función tanto de la novedosa temática planteada como problema de investigación, como por la naturaleza de las fuentes utilizadas para la construcción del discurso histórico.

rompió paradigmas y generó nuevas formas de pensamiento y estilos de vida, así como por ejemplo el arquetipo del “hippie”, cuya imagen y esencia –tan pura o tan diluida como su paso por tiempo y espacio ha permitido– es icónica y evocativa de esa época.

Este tema, poco explorado en nuestra Escuela de Historia, e incluso tal vez en el país, resulta sin embargo una fuente rica y abundante de tópicos de investigación, que vendrían a ampliar el estado del conocimiento sobre un fenómeno histórico-cultural cuyo rango de influencia ha trascendido por mucho su origen. Aunque ciertamente existe una limitante idiomática, al encontrarse la gran mayoría de las fuentes en inglés, esto debe verse más como un reto que como una barrera insuperable, y existen también, por supuesto, fuentes valiosas en español que pudieran servir de entrada a la consideración de esta materia.<sup>2</sup>

En cualquier estudio sobre la contracultura es prudente comenzar con una aclaratoria de fundamental importancia: no existe una única definición, exacta y precisa de lo que *es* la contracultura y viéndolo bien, esto es lo más apropiado, ya que conceptualizarla rígidamente sería un oxímoron, un contrasentido. En una contracultura, grupos culturales con creencias que difieren de aquellas de la cultura mayor (que podrían ser subculturas en sí mismas), se manifiestan en *oposición directa* a la cultura dominante en la que se encuentran, rechazando sus valores y normas, y privilegiando sus opuestos.

Existe cierto consenso en la opinión de que el fenómeno contracultural es una constante histórica, es decir, que se ha repetido a lo largo de la historia, al menos en sus principios fundamentales, manifestándose alrededor del mundo. Visto así, la contracultura, como fenómeno constante y en permanente

evolución, se había ya manifestado en diferentes formas en la primera mitad del siglo XX. Ahora bien, con la entrada a la década de los sesenta y la sobrevenida de ciertos eventos clave, se presentaron una serie de condiciones particulares que sirvieron de catalizadores para cambios fundamentales en la vida nacional, a nivel político, social, cultural y en especial en cuanto a la percepción –tanto personal como pública– de la *individualidad*, así como del sentido de *comunidad*.

Como premisa inicial de este análisis, podríamos adelantar que la contracultura que tuvo lugar durante los años sesenta en EE. UU, que se ha llegado a identificar como “la” Contracultura, fue un desafío de amplio espectro a la cultura dominante. Aunque contenía diferentes corrientes de disidencia, éstas compartían uno o más objetivos en común, y aunque actuaran en esferas independientes, estaban interconectadas entre sí, como también con elementos contraculturales pasados.

En cuanto a las dos esferas principales de este fenómeno que discutiremos –la social y la cultural–, entre las tendencias que sirvieron de motores, a la vez que se vieron renovadas por la Contracultura, resaltan la *contestación* y el *cuestionamiento*. Además, otros elementos fundamentales del amplio fenómeno contracultural, especialmente en los Largos Sesenta,<sup>3</sup> fungieron como “hilos conectores”, que le han caracterizado y dado continuidad a lo largo de la historia. Entre estos resaltan el *inconformismo* y el *antiautoritarismo*.

Teniendo esto presente al momento de examinar el devenir histórico de los Estados Unidos, se pueden determinar con más precisión los procesos, elementos y tendencias –y las relaciones entre ellos– que jugaron roles prominentes en el desarrollo de la Contracultura. En este sentido, se evidencia lo esencial de abor-

dar el tema partiendo de la comprensión del fenómeno contracultural como una constante histórica, y de lo que se conoce como la contracultura *de los sesenta*, como una manifestación del mismo.

Es importante resaltar que esta investigación se presenta como una indagación preliminar de esta temática que, ante una mirada más cercana, se ha revelado como de gran amplitud y rica en posibilidades de estudio. De manera que los tópicos desarrollados, así en este texto como en la investigación de la cual deriva, aunque varíe el grado de profundidad con el que fueron abordados, no reflejan de ninguna manera la totalidad de la información o de las posibles vertientes sobre la materia. Aspiramos pues, dar apertura o inicio con nuestro trabajo a una línea de investigación sobre este interesante tema.

La historización de la Contracultura presenta interesantes retos a quien decide abocarse a esta tarea. Toda investigación académica requiere hacer uso de ciertos parámetros epistemológicos, en aras de la producción de un discurso coherente, que no resultan fácilmente aplicables a todos los aspectos de este tema. El modo contracultural era expresamente anti-lineal, anti-teleológico. El conocimiento contracultural no puede ser representado con precisión o simplicidad en una línea recta. Es importante tener esto en cuenta a la hora de intentar construir un recuento histórico de este proceso que, por razones disciplinarias, *debe* ser lineal, cronológico y teleológico.

Nos planteamos abordar el tema como una totalidad, a la vez que realizar un análisis de sus partes, con el objeto de identificar los fenómenos que se manifestaron y las relaciones entre éstos, así como los cambios que generó este proceso y las

tendencias que le caracterizaron. Con este fin comenzamos por recoger, en la medida posible, el conocimiento previo acumulado sobre el tema, a pesar de su importancia y hacer crítica del mismo.

La disponibilidad de la información fue en sí una de las motivaciones para realizar esta investigación, ya que, aunque existen fuentes en español —ciertamente más de las que hemos tenido la posibilidad de examinar— encontramos que su tratamiento del tema es en muchos casos generalizado o, a diferencia de lo que pretendemos con este trabajo, no están enmarcadas en el contexto de la *historia* de los Estados Unidos, por lo que su enfoque no considera mayor diversidad de detalles o conexiones entre éstos.

Dadas estas condiciones, decidimos asumir el reto y tomar la iniciativa de realizar esta investigación apoyándonos en fuentes principalmente en inglés (o de origen norteamericano). De esta manera, intentamos generar una base preliminar de reflexión sobre estos conocimientos, en español, aplicando la perspectiva histórica a la diversidad de los materiales disponibles. Además, encontramos enriquecedor para la construcción del discurso, incluir algunos comentarios sobre contenidos que, aunque no necesariamente de corte histórico, complementan el desarrollo de la discusión.

## LA GESTACIÓN DE LA CONTRACULTURA

Ampliando así el enfoque, pueden rastrearse elementos que influyeron en esta “revolución cultural” a lo largo de la historia de los Estados Unidos en el siglo XX, al tener en cuenta la interconexión que existe entre hechos y eventos en el tejido

histórico. Uno de los hilos que conforman esta historia, estrechamente entrelazado a los orígenes de la Contracultura, sería el desarrollo de la *cultura juvenil* en los Estados Unidos, que comenzó su evolución desde el siglo XVIII y a través del XIX hasta llegar a conformarse, en el siglo XX, culturas juveniles identificables en ese país. Con el reconocimiento de su propia condición como actores sociales y grupos distintivos, muchos de estos jóvenes comenzaron a cuestionar la sociedad en grande, y los roles que ésta pretendía imponerles.

La era de la posguerra fue el campo donde comenzaron a germinar las semillas contraculturales que eclosionarían un par de décadas más tarde. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, mucho había cambiado en el panorama político, económico, social y cultural en los Estados Unidos. A grandes rasgos, mientras algunos anhelaban la seguridad y prosperidad que prometía esa nueva era, adhiriéndose al “sistema” que les permitiría alcanzar el “sueño Americano”, otros, en su mayoría jóvenes desilusionados y hastiados de ese mismo sistema, tendían a ver al país y a la era de la posguerra con una buena dosis de cinismo, e incluso nihilismo, especialmente con el desarrollo de la Guerra Fría y su amenaza nuclear de aniquilación instantánea.

Sería entre estos últimos que surgirían las subculturas que darían paso con los años, al movimiento hippie. Nos referimos en este caso a los *hipsters* y *beatniks* de los años cuarenta y al movimiento literario impulsado durante los años cincuenta por la llamada “Generación Beat”. La influencia de estos primeros arquetipos “pre-Contraculturales”, de las subculturas de los años cuarenta y cincuenta, se “canalizó” especialmente a través de los que serían tres elementos conductores y generadores de cambio e innovación en el proceso contracultural: la música/

arte, las drogas y la liberación sexual. El surgimiento del *jazz* (y su cultura) en los albores del siglo XX, y su evolución hacia nuevos ritmos que derivaron en el fenómeno en sí mismo que fue el *rock and roll*, así como un resurgimiento y renovamiento de la música *folk*, de la mano con la exploración de los límites –de la mente, del cuerpo, y de las convenciones sociales–, darían forma y fuerza a los cambios que harían “erupción” en los sesenta.

Los primeros años de esta década se vieron energizados además por la imagen progresiva del nuevo presidente de la nación. El joven y carismático demócrata John F. Kennedy (1917-1963), inspiró en el país un sentido de *posibilidad* a pesar de la complicada situación internacional que se vivía con los vaivenes de la Guerra Fría. Si bien Kennedy cultivaba nuevas expectativas, muchos de los problemas sociales que emergieron en los sesenta, habían venido desarrollándose bajo la superficie durante décadas. Ciertamente, aunque muchos historiadores hablan de la “nueva era de 1960”, ésta se debe ver en buena parte como una reacción a la lucha de la Guerra Fría en la década de los cincuenta contra la Unión Soviética y la expansión del comunismo.

Si bien la “infusión de posibilidad” que representó Kennedy dio paso a cambios significativos para la vida de la nación, los primeros años de la década fueron escenario de otros eventos críticos, que al momento parecieron sólo “pequeños puntos en la pantalla del radar sociopolítico de América” (Goffman y Joy, 2005, p. 249). Serían, en retrospectiva, los puntos de despegue para los grandes movimientos que convergerían en la formación contracultural que sacudiría al mundo, en más de un sentido.

Por un lado, podría señalarse como quizás el primer evento vaticinador de la revolución cultural-psicodélica, la participa-

ción en 1959-60 del escritor Ken Kesey en estudios psico-farmacológicos llevados a cabo por el gobierno con diversas sustancias alucinógenas, en especial LSD. Por otro lado, se considera el despido en 1962 de los profesores Richard Alpert y Timothy Leary de la Universidad de Harvard, bajo presión de la CIA. Este intento por suprimir la investigación experimental que los profesores estaban llevando a cabo con alucinógenos, sin embargo, tendría el efecto contrario. Ambos eventos, producidos en costas opuestas, desencadenarían una avalancha de atención sobre las drogas psicodélicas e invertirían, tanto a las drogas como a Kesey y los profesores, de cierto “caché” rebelde que despertaría el interés de muchos jóvenes.

El otro evento crítico, donde se vislumbra el protagonismo que tendrían también los estudiantes a lo largo de la década, se dio en 1962, cuando un grupo de universitarios se unió para crear y desarrollar una nueva política izquierdista radical, basada en una “democracia participativa” y enriquecida por conceptos existencialistas de identidad individual, forjada a través del activismo. El resultado de dicha reunión fue el elocuente Manifiesto de Port Huron (*Port Huron Statement*), el cual se propagaría en miles de panfletos por los campus universitarios de la nación y serviría de impulsor para los movimientos de protesta estudiantil.

Comencemos pues por explorar el componente del activismo estudiantil y la protesta social.



“AFUERA CON LO VIEJO”: EL NACIMIENTO  
DE LA NUEVA IZQUIERDA Y EL DESARROLLO  
DE LOS MOVIMIENTOS DE PROTESTA

La cultura juvenil de la década de los sesenta gozó de gran notoriedad, ya que se manifestó a través de diversas facetas y movimientos juveniles con intereses tanto particulares como comunes entre sí. Una de estas “ramas” fue aquella del activismo estudiantil, con un papel más prominente (aunque ciertamente no sin contraparte) de filosofías de izquierda.

La Nueva Izquierda fue un movimiento político que alcanzó prominencia en los Estados Unidos y en otros lugares del mundo durante y alrededor de los años sesenta. La gran mayoría de quienes participaron y/o se identificaron con estas nuevas tendencias sociopolíticas y culturales fueron estudiantes –blancos– universitarios de pregrado y postgrado, de clase media. Este activismo o movimiento estudiantil se desarrolló, especialmente en sus primeras fases, en los campus universitarios y se consolidó en diferentes grupos y organizaciones, algunas de las cuales alcanzaron notoriedad a nivel nacional.

En la década de 1950, la Izquierda, como fuerza y tendencia política, se vio atacada y desacreditada por el anticomunismo férreo y por sus propias debilidades internas, perdiendo virtualmente todo poder o influencia. Con el inicio de la nueva década, la juventud blanca canalizó sus inquietudes políticas y sociales en la formación de una *Nueva* Izquierda, que se distinguía y desligaba de la “Vieja” y sus ideas, y se enfocaba con otra perspectiva en realizar nuevas críticas a la sociedad estadounidense.

Las filosofías de la Nueva Izquierda fueron tomando forma desde la misma década de los cincuenta, gestándose entre una fusión de elementos que serían clave en los años a seguir, tales como la literatura Beat, la filosofía existencialista y la música folk, y que, de cierto modo, definirían a la cultura juvenil disidente y blanca de principios de los sesenta. Paralelamente, el origen del activismo estudiantil, se remonta a su vez a los años cincuenta, cuando un número de estudiantes universitarios, en especial de los estados del Norte, se unieron en solidaridad e incipiente activismo a la lucha por los Derechos Civiles, participando en algunos eventos en el Sur. La mayoría de los autores consultados coinciden en señalar al movimiento por los Derechos Civiles como el fuego en el que todos los subsiguientes movimientos de protesta social y reivindicación de la década encendieron sus teas.

Los años cincuenta fueron tiempos conservadores en el país y los campus universitarios lo reflejaban. Regía en ellos, como estricto código moral y de conducta, la política del *in loco parentis*, es decir, en ausencia de los padres, las autoridades y administradores de la universidad ejercían el rol de “padres lejos de casa” (y los estudiantes eran tratados como niños). Además, en concordancia con este conservadurismo, los campus fueron por lo general “apolíticos”, ya que se desalentaba en los estudiantes el interés por la política y demás temas “controversiales”.

Este ambiente, que sofocaba la individualidad y creatividad de los jóvenes, comenzó a despertar reacciones en muchos de ellos. Durante la transición entre décadas, se cristalizó entre los estudiantes el deseo y objetivo de poner en práctica los cambios que veían necesarios, comenzando a nivel de las universidades. En este marco, surgió a principios de la década (con especial

prominencia en 1964) el llamado *Free Speech Movement* –FSM (Movimiento por la Libertad de Expresión).

A lo largo de los meses del FSM, emergió un patrón que caracterizaría las protestas y demostraciones en los campus de todo el país por los años a seguir: cuando los estudiantes realizaban manifestaciones no violentas, eran con frecuencia enfrentados por la policía. Ante demandas por parte de los estudiantes, de cambios o derechos no poco razonables en realidad, las autoridades reaccionaban siempre de forma exagerada, aparentemente incapaces de responder en términos razonables ante lo que veían como una amenaza.

El radicalismo estudiantil se extendió cual reguero de pólvora, despertando el interés y la movilización de cientos de estudiantes de todo el país, en sus propios estados y hacia la zona de Berkeley y la Bahía de San Francisco. En esta área en especial se estaba produciendo un reavivamiento a nivel socioeconómico y cultural, gracias a ciertas reivindicaciones logradas por la comunidad afroamericana, así como por una especie de éxodo de intelectuales, artistas, etc.

A partir de 1965, el enfoque de la protesta estudiantil (y de hecho, de la gran mayoría de los grupos de protesta en general) se volcó sobre el activismo en contra de la Guerra de Vietnam. Durante ese año, el recrudecimiento del combate y de los bombardeos por parte de los Estados Unidos en el país asiático generó gran rechazo en buena parte de la población, quienes hicieron oír sus voces, cada vez con más fuerza.

## LAS ORGANIZACIONES ESTUDIANTILES

El año de 1960 vio nacer a las dos organizaciones estudiantiles más relevantes de la década; el *Student Nonviolent Coordinating Committee*, o *SNCC* (Comité Coordinador Estudiantil No Violento) se creó para coordinar las estrategias y acciones de protesta no violenta en pos de los derechos civiles, con las tácticas no violentas demostradas por Mahatma Gandhi y Martin Luther King Jr. como la piedra angular de su estrategia política durante la mayor parte de la década. La organización jugaría un papel vital en grandes eventos como la gran Marcha Sobre Washington por el trabajo y la libertad en 1963, el *Freedom Summer* (Verano de la Libertad) en Mississippi en 1964, así como la organización del *Mississippi Freedom Democratic Party –MFDP* (Partido Demócrata de la Libertad de Mississippi). Sin embargo, la violencia de hechos a seguir en los próximos años (como los disturbios de Watts, en Los Ángeles en 1965), cambiarían la perspectiva de muchos en SNCC y el movimiento en general, que experimentaría grandes cambios internos y luego extendería su espectro en la forma del Poder Negro y el partido de las Panteras Negras.

Por otra parte, a principios de 1960, la *Student League for Industrial Democracy – SLID* (Liga Estudiantil Por la Democracia Industrial), rama juvenil de la organización educacional socialista conocida como la *League for Industrial Democracy – LID* (Liga por la Democracia Industrial), decidió desvincularse de su organización madre y cambiar su nombre a *Students for a Democratic Society*, o *SDS* (Estudiantes por una Sociedad Democrática). Esta organización sería la más prominente del movimiento estudiantil a lo largo de la década, con alcance nacional y decenas de miles de miembros.

La frase que se convertiría en su eslogan a finales de la década, “La revolución es sobre nuestras vidas”, englobaba una noción clave –reconocida y resaltada por la Nueva Izquierda– alrededor de la cual establecieron sus principios: existía una conexión inherente entre los asuntos o problemas políticos y la vida personal de cada ciudadano y, por ende, la vida privada se veía profundamente influida por la organización del poder, la economía y la cultura<sup>4</sup>. De la misma manera, era su argumento, cada individuo debía estar en capacidad de influenciar (y participar de) las esferas del poder. SDS promovía los principios de una democracia participativa, como propósito de su proyecto.

A lo largo de la década, SDS tuvo éxito en organizar y llevar a cabo, a nivel de cada uno de sus capítulos o en conjunto, múltiples eventos, acciones de calle, grandes concentraciones y marchas, especialmente en el marco del movimiento contra la guerra. La organización creció exponencialmente, lo cual implicaba la necesidad de ampliar la estructura y organización a nivel nacional. Gracias a una mayor exposición en los medios, los años de 1968 y 1969 vieron un aumento significativo en su número de miembros, mas esto no contribuyó a su fortalecimiento, y sus últimos años se caracterizaron por una heterogeneidad que terminó por minar sus cimientos, debido en buena parte a la radicalización en sus filas.

Otra causa importante de la disolución de SDS, fue el “despertar” femenino en sus filas, motivado por el machismo que imperaba en el movimiento desde su misma formación (en la que, de hecho, no figuraron mujeres). Si bien el movimiento contó con amplia participación femenina a lo largo de su desarrollo, la realidad era que el radicalismo de los hombres, y la agenda sexual de la Nueva Izquierda y grupos/movimientos como SDS, no incluían la igualdad de géneros.

Por otro lado, en contraste tanto a las organizaciones estudiantiles “tradicionales” –y sus expresiones más violentas–, como a los hippies, surgió entre 1966 y 67 el *Youth International Party* –YIP (Partido Internacional de la Juventud), creado por Abbie Hoffman y Jerry Rubin entre otros. Este grupo se apoyaba en lo que ellos mismos llamaban “teatro de guerrilla”; acciones y “bromas políticas” audaces (como nominar a un cerdo llamado *Pigasus* como su candidato a la presidencia en 1968, a manera de burla hacia el statu quo). Sus miembros se hacían llamar *yippies*.

### SOBRE LA DISTINCIÓN ENTRE LA NUEVA IZQUIERDA Y EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Wini Breines (2004), en un análisis interesante, ofrece dos aproximaciones o maneras de ver el desenvolvimiento de estos movimientos y la distinción entre ambos; tarea complicada en sí misma, dada su intrínseca relación. Por un lado, se podría considerar el desarrollo del movimiento estudiantil como una expansión *desde* la Nueva Izquierda –siendo ésta compuesta por aquellos estudiantes intelectuales y activistas de finales de los cincuenta y principios de los sesenta, quienes reconocieron en sí mismos el crecimiento de una crítica “de Izquierda” a la sociedad estadounidense– *hacia* aquel movimiento estudiantil de mayor envergadura que a finales de los sesenta, profesaba interés por objetivos variados.

Desde mediados de esa década, debido en gran parte a la oposición de su liderazgo a la Guerra de Vietnam, la Nueva Izquierda, como hemos mencionado, evolucionó rápidamente en un movimiento con decenas de miles de participantes en todo el país. La adopción y desenvolvimiento de este enfoque

sobre la guerra sirvió para “cernir”, digamos, la composición del movimiento. Además, señala esta autora, es importante resaltar el carácter de movimiento social *pleno* que tuvo el movimiento estudiantil en los Estados Unidos, gracias a la acción conjunta del gran número de participantes en él, a lo largo y ancho del país, desde los pueblos más pequeños hasta las ciudades más grandes.

### “EL MOVIMIENTO” SE RAMIFICA

A lo largo de la década tomaron forma independiente un número de movimientos sociales con causas particulares (de rebelión, cuestionamiento, renovación y reivindicación) que derivaron de, o se inspiraron de cierta forma en el movimiento por los derechos civiles y de la Nueva Izquierda. Cada una de estas manifestaciones sociales particulares, que englobadas son identificadas por muchos como “el Movimiento”, jugaría un rol vital como plataforma para la defensa y reivindicación de los derechos de diversas minorías, y muchos de ellos lograrían importantes avances en sus objetivos.

Uno de los grupos cuyas acciones lograrían efectos de gran alcance fue el movimiento por las mujeres, o movimiento feminista. El tema de la liberación sexual, el “amor libre”, que tuvo un papel clave en la dinámica de todos los movimientos juveniles de la época, aunque ciertamente rompió paradigmas y “amplió horizontes”, no dejó de generar a su vez dobles estándares. Las mujeres, doblemente radicalizadas, ahora también por la reivindicación de su género, se fueron desligando a lo largo de algunos meses de SDS y otras organizaciones, para perseguir sus propias causas.

Los hispanos también exigieron sus derechos. César Chávez, junto a otros sindicalistas, organizó a los trabajadores agrícolas para exigir el derecho a crear sindicatos, a fin de obtener un salario digno y condiciones de trabajo decentes. Haciendo uso también de las tácticas no violentas promovidas por Gandhi y MLK Jr., Chávez y la *United Farm Workers* (Unión de Trabajadores Campesinos), lograron obtener importantes resultados en cuanto a la sindicalización de los trabajadores y la negociación de contratos.

Por otro lado, gracias a la mayor apertura en cuanto a temas sexuales que se vivía en el país, así como la notoriedad de otros movimientos de protesta, gays y lesbianas vislumbraron también la posibilidad de cambiar su situación dentro de la sociedad. Luego de una larga historia de persecución y rechazo en el mundo Occidental, la década de 1960 y sus vientos de cambio abrirían nuevas posibilidades para ellos, y comenzaron a afirmar públicamente con mayor libertad su identidad sexual y a abogar por su derecho de ser tratados con igualdad entre sus conciudadanos.

Otro grupo minoritario inspirado por la lucha por los derechos civiles, fue aquel de los nativos americanos. Más que cualquier otro grupo, los amerindios tenían (y esta era su convicción y alegato) a la historia de su lado, ya que eran ellos los pobladores originales del territorio norteamericano y habían sido diezmados y desplazados por los colonizadores, su modo de vida destruido y sus derechos suprimidos. Con el objetivo de defender y promover sus derechos, se fundó el *American Indian Movement* –AIM (Movimiento por los Indios Americanos), el cual continúa abogando por la causa de los indígenas en la actualidad.



Estos son los ejemplos tal vez más relevantes de movimientos activistas originados en los sesenta, mas esta década fue semillero y escenario de muchas otras iniciativas, que de alguna u otra manera tuvieron un impacto sobre la sociedad estadounidense a corto, mediano o largo plazo.

### LOS CONSERVADORES AÑOS SESENTA

Por lo general, la frase “los años Sesenta” evoca inmediatamente en el pensamiento a hippies, protestas contra la guerra y otras imágenes de rebelión y experimentación, y por buenas razones. Pero estas connotaciones no reflejan por completo la realidad de la década. Aun entre las manifestaciones por los derechos civiles, las protestas antiguerra, las nuevas modas, la nueva música y los cambiantes estilos de vida, mucha gente iba al trabajo cada día, criaba a sus hijos tradicionalmente y llevaba estilos de vida convencionales.

De hecho, muchos entre ellos se pronunciaban activamente en contra del comunismo, combatían la integración racial, se oponían a los programas sociales del gobierno y creían genuinamente que la Guerra de Vietnam era por la protección de la democracia. Aunque ciertamente no todos los conservadores de los sesenta compartían la misma mentalidad o adoptaron las mismas actitudes, había un factor subyacente clave: la mayoría de ellos objetaba a las protestas, que percibían como antipatrióticas, y a los manifestantes, a quienes muchos veían incluso como sucios, perezosos, inmorales y sin principios. A este movimiento político conservador se le conoce entonces como “Nueva Derecha”.

Ahora bien, como producto de la prominencia de las tendencias de izquierda y los movimientos sociales en protesta a las políticas gubernamentales que tuvieron lugar en la década, la historiografía sobre la época tiende a enfocarse más sobre estos temas que sobre los movimientos de derecha, o conservadores –o al menos así lo fue por un buen tiempo–. Sin embargo, hoy en día se pueden observar con más claridad ambos lados gracias a una más amplia labor investigativa en los últimos años. Ciertamente, los autores conservadores consideran que dada la mayor disponibilidad actual de información, los historiadores no deberíamos tener excusa para ignorar el papel del movimiento conservador en la historia de la Contracultura.

En cuanto a la juventud conservadora de los sesenta, podemos decir que lejos de inexistente o dispersa, se mantuvo activa y organizada. Desde finales de los cincuenta incluso, y a inicios de los sesenta, se establecieron también organizaciones conservadoras, con amplio rango e influencia a nivel nacional, que apoyaban y eran apoyadas a su vez por figuras prominentes, especialmente del Partido Republicano, además de numerosos ciudadanos adinerados. Los dos principales ejemplos son la *John Birch Society-JBS*, fundada en 1958 por Robert Welch Jr. y la *Young Americans for Freedom -YAF*.

Los jóvenes conservadores, lejos de renegar de sus mayores o rebelarse ante ellos, les veneraban y, más que eso, sostenían con ellos una relación altamente dependiente, a nivel ideológico e intelectual, así como en muchos casos, profesional y económico. Si bien YAF fue fundada por iniciativa de jóvenes, dicha iniciativa fue instigada y asistida por conservadores mayores. Ciertamente, en SDS también existía cierto respeto por mentores o figuras mayores, más no eran éstos quienes determinaban la dirección ideológica del movimiento. Sin embargo, mientras

que la lucha interna por el poder en SDS y su desorganización marcaron en muchos sentidos el fin de la Nueva Izquierda, para la Nueva Derecha, era sólo el comienzo.

### LA “REVOLUCIÓN CULTURAL”

Luego de este breve recorrido por una de las dos principales corrientes dentro del espectro contracultural de los sesenta, la protesta estudiantil y social, consideremos ahora la rama cultural de ese fenómeno histórico e identifiquemos a sus principales actores y características.<sup>5</sup>

El fenómeno o movimiento *hippie*, con el cual se identifica (casi automáticamente) a la época, tuvo ciertamente gran protagonismo y relevancia. Sin embargo, no fue en sí lo único que caracterizó o impulsó la transformación cultural. Así como la Contracultura en su amplitud, los hippies más que causa, fueron efecto y producto de su tiempo y fungieron como una manifestación, cohesionadora si se quiere, de diversos elementos constitutivos —esenciales e intrínsecamente relacionados— de esa llamada “revolución cultural”, cuya interacción fue a su vez causa y consecuencia de importantes transformaciones y nuevas tendencias.

Podría decirse que las inquietudes que comenzaron a manifestarse en la generación de los *babyboomers* (los nacidos en la posguerra), quienes se sentían prisioneros de las expectativas impuestas por sus padres, en esa especie de “jaula de oro” que representaba para muchos la sociedad afluyente en la que se criaron, encontraron desahogo y sustento a la vez en los diferentes factores que caracterizaron a la Contracultura.

Como hemos mencionado, resaltan en el ámbito cultural, como constantes en el desarrollo de las sub y contraculturas del último siglo, tres elementos, contenidos además en la popular frase “sexo, drogas y rock and roll”. A través de ellos, se generaron nuevas formas de pensamiento, comunicación, expresión artística y exploración espiritual, entre tantas otras novedades, y uno de los más tempranos de éstos, que venía ejerciendo influencia en los jóvenes desde años atrás, fue la música.

Podría decirse que la música fue un elemento cohesionador por excelencia, en combinación con drogas o no, aunque por lo general se acompañaran. Ésta permeó e influenció prácticamente todos los aspectos de la vida contracultural. Se tratara de jazz, folk o rock & roll –este último en especial–, en eventos públicos, o a través de la radio y los discos, que se podían escuchar donde fuera, individual o colectivamente, la música contribuyó enormemente a la *sintonía* en la Contracultura.

El siguiente elemento caracterizó tal vez más que ningún otro al fenómeno contracultural de los sesenta, y la *cultura psicodélica* que en él se desarrolló: las drogas.

### ABRIENDO LAS PUERTAS DE LA PERCEPCIÓN: DROGAS Y PSICODELIA EN LA CONTRACULTURA

En su intento colectivo por transformar los valores dominantes en la sociedad estadounidense, los “revolucionarios culturales” (como veremos en algunos ejemplos) creían que la clave para la transformación sociocultural se encontraba antes que nada, en la transformación personal. Para liberar al ser de los impulsos que producen agresividad, autoritarismo, sexismo, racismo, intolerancia y represión sexual, los contraculturalis-

tas buscaron “desprogramar” comportamientos sociales perniciosos, a través de un proceso alternativamente llamado, en un contexto científico, “desescolarización” (*deschooling*), “decondicionamiento” (*deconditioning*) o “reimpronta” (*reimprinting*).<sup>6</sup>

Independientemente de su nombre, o de si se hacía por razonamiento científico o más instintivo, su esencia era la misma: tomar todas las programaciones que se reciben de los padres, las escuelas, los medios de comunicación y otros sistemas de autoridad corruptos, y descartarlos, como el primer paso hacia el desarrollo de una conciencia superior o elevada. Un amplio segmento de la Contracultura adoptó el consumo de sustancias psicoactivas como herramientas para este fin.

Durante los Largos Sesenta, la marihuana fue una de las drogas cuyo uso era generalizado entre la comunidad contracultural, considerada como un elemento intrínseco a la experiencia. Sin embargo, sería otra droga la que revolucionaría al país (para partidarios y detractores) y alteraría para siempre el “orden” social y cultural, consolidándose como uno de los rasgos de identidad del movimiento hippie: el LSD.

Sintetizado por primera vez en 1943, en el marco de estudios clínicos, el ácido lisérgico comenzó su presencia en la historia estadounidense como objeto de estudio, legal por demás, en ámbitos académicos e institucionales. Serían dos de estos estudios, originados en lo profundo del engranaje del *establishment*, los que darían paso a la “revolución psicodélica” que alteraría para siempre la sociedad y cultura del país. Los primeros años de la década verían gestarse, de forma bastante paralela, a las dos principales corrientes psicodélicas de la Contracultura, derivadas de dos de los elementos clave mencionados anteriormente.

En la Costa Este, una corriente académica-científica-espiritual, emanada de investigaciones con psilocibina (y luego LSD) llevadas a cabo en la Universidad de Harvard, sería a lo largo de la década uno de los nichos del consumo del LSD. La otra, una consecuencia imprevista de las experimentaciones gubernamentales, haría “explotar” en California el consumo masivo, descontrolado en muchos sentidos, que haría de la Contracultura lo que fue.

Desde 1960, los psicólogos y profesores de Harvard, Timothy Leary (1920-1996) y Richard Alpert (1931-), junto a un número de colaboradores entre quienes resalta Ralph Metzner (1936-), concibieron el “Proyecto de Psilocibina” de Harvard, para la investigación y experimentación con psilocibina (el elemento alucinógeno contenido en ciertos hongos), enfocado en estudiar sus propiedades sobre la creatividad humana y el potencial de reprogramar improntas, como hemos mencionado.

Con el advenimiento del LSD el proyecto se expandió, en aspiraciones y alcance. Los investigadores sostenían que, en el marco de las teorías que desarrollaron, las drogas alucinógenas, en especial el LSD, podían ser de gran beneficio para cualquier persona. Recordemos que se encontraban en una posición socialmente aceptada y acreditada, para transmitir sus opiniones (y sentimientos personales) tanto a la élite como a las masas. Leary y sus asociados se pronunciaban a favor del uso del LSD como un agente de *crecimiento espiritual*. Su investigación sobre las mejores formas de estructurar la experiencia del LSD les llevó a explorar diversos elementos del misticismo Oriental, “mirando al Este” en busca de guía para las experiencias visionarias. Además, inspirados por el uso ritual que de este tipo de sustancias hacían diferentes tribus indígenas en las Américas,

el grupo atribuía una connotación *sacramental* al consumo de LSD.

Finalmente tras ser despedidos, luego de múltiples vaivenes y altibajos, de haber trasladado sus operaciones temporalmente a México y haber hecho varios intentos infructuosos por establecer nuevos proyectos en diversas islas del caribe, el grupo se estableció en una gran propiedad en Millbrook, en el estado de Nueva York. En esta nueva etapa, crearon la Fundación Castalia, a través de la cual ofrecían seminarios, en Millbrook y en diversas locaciones, enfocados alrededor de sus estudios sobre las sustancias psicodélicas.

La dinámica de convivencia en el complejo de Millbrook era en sí un experimento de vida comunitaria, que continuaba –y profundizaba– las experiencias previas del grupo en Boston, donde desde el inicio varios miembros del grupo compartieron residencia, así como en Zihuatanejo, donde el número de participantes fue mucho mayor. Aunque ciertamente se mantuvo la experimentación con LSD y otros alucinógenos (sólo sustancias legales hasta el momento), el estudio había trascendido el consumo constante, y se enfocaba también en la aplicación y conciliación de los estados “místicos” alcanzados bajo sus efectos, con la realidad y quehaceres de la vida diaria, comunal e individualmente.

La actitud de este grupo hacia las drogas, la vida comunitaria y el sexo, era de interés y curiosidad experimental, mas no descontrolada, o irresponsable. Para Leary, quien se convertiría en dedicado y entusiasta defensor de las bondades del LSD y la reprogramación psicodélica hasta su muerte en 1996, el país estaba experimentando cambios significativos. Millones de estadounidenses estaban cuestionando la autoridad institucio-

nal. Una revolución cultural se estaba gestando, y el LSD sería una herramienta clave para concretarla.

Paralelamente a estos eventos, en la costa Oeste el LSD se abrió camino hacia las masas, en un contexto diferente. Irónicamente, sería el mismo gobierno, mediante proyectos secretos de la CIA puestos en marcha a través de grandes universidades e instituciones como el Instituto Nacional de la Salud Mental, quien abriría la caja de Pandora de las llamadas “drogas cerebrales”.

A lo largo de la década de los cincuenta, el gobierno de los Estados Unidos llevó a cabo una serie de experimentos con fines militares y de “defensa” de la seguridad del país. Como sería revelado tras la promulgación de la Ley por la Libertad de Información (*Freedom of Information Act*), a través de un programa secreto de la CIA denominado “MK-ULTRA” se experimentó con LSD y otras drogas alucinógenas para explorar su utilidad en la interrogación de prisioneros o como agente incapacitante, entre otras cosas. Cientos de agentes de la CIA y otras dependencias militares fueron dosificados, algunas veces sin su conocimiento, en el marco de ese proyecto.

Años más tarde, se descartaría el proyecto por considerarse al LSD muy impredecible, mas no antes de haberlo extendido a la población civil mediante experimentos realizados en algunos hospitales, encubiertos como estudios sobre las enfermedades mentales. Ken Kesey (1935-2001) estudiante de Stanford y escritor, participaría como voluntario en uno de estos, conducido en el hospital de Veteranos de Menlo Park, Nueva Jersey (donde además trabajaba en las noches como ayudante en el área psiquiátrica).



Al igual que Leary, la experiencia con el LSD fue para Kesey de profunda revelación, y le inspiró la necesidad de compartirlo con el mundo. Coincidían en la opinión de que el “ácido”—como le llamaron más informalmente los californianos—no debería restringirse sólo al uso médico. Sin embargo, aquí jugaron un rol clave las diferencias de enfoque sobre el consumo y difusión del LSD. A diferencia del proyecto de Harvard, Kesey y su grupo de amistades, autodenominados los *Merry Pranksters* (Alegres Bromistas) tomaban ácido “no tanto para explorar el espacio interior, como para renegociar el espacio social”.<sup>7</sup>

En 1963, gracias a las regalías de su novela “Alguien voló sobre el nido del cuco”, Kesey se estableció en una propiedad de varias hectáreas en las colinas de La Honda, a una hora de San Francisco. Allí comenzaron los “experimentos” sensoriales de Kesey y sus amigos con el LSD —había “extraído” una cantidad indeterminada de LSD del hospital donde trabajó y participó en los experimentos— y así comenzó la propagación de la “cultura del ácido”, que tendría su epicentro en California. Además, comenzaron a crear un nuevo sentido estético “psicodélico” que daría forma y contenido a la Contracultura, enmarcado en un ambiente de “jovialidad general”.

Para el verano de 1964, Kennedy había sido asesinado, lo cual generó en el público una sensación de “inocencia perdida”. Lyndon Johnson había comenzado a ampliar la participación estadounidense en el conflicto de Vietnam, Barry Goldwater —epítome conservador— era candidato presidencial y Martin Luther King había recibido el Premio Nobel de la Paz. Elvis Presley lanzaba un nuevo álbum, el Greenwich Village de NY estaba lleno de cantantes folk y los Beatles ya estaban en camino. En este variopinto contexto, Kesey y un grupo de Pranksters emprendieron un viaje “mítico” de costa a costa, que marcaría en

muchos sentidos el inicio del fenómeno hippie, o al menos de varios de los elementos que le caracterizaron.

Compraron un viejo autobús escolar que había sido adaptado, con literas, lavamanos y otras comodidades y lo terminaron de modificar, incluyendo una especie de cúpula que daba acceso al techo, donde instalaron una plataforma con micrófono y parlantes para transmitir música y comunicarse con los transeúntes. Ese viaje y el inicio de los Merry Pranksters representaron, literal y simbólicamente, la conexión, el siguiente paso en la evolución, si se quiere, entre el movimiento *beat* de los años cincuenta y las nuevas manifestaciones socioculturales de los sesenta.

Este surgimiento de nuevos grupos y formas sociales tuvo su más relevante manifestación en la comunidad que floreció en el distrito de Haight-Ashbury en la ciudad de San Francisco a mediados de los sesenta. “El Haight” se convirtió en un nexo crítico para esa “posibilidad” que ofrecía el LSD, y constituyó tal vez el experimento social más relevante y, ciertamente muy interesante, del movimiento contracultural de los sesenta. De la espontaneidad de su dinámica, emergió por primera vez un sentido de *comunidad* entre quienes participaban de estas nuevas corrientes. El nacimiento de esta nueva cultura psicodélica se produjo de la mano con el surgimiento del principal arquetipo de la Contracultura: el *hippie*.

## DEL FLORECIMIENTO HIPPIE Y SU DECLIVE

Y, ¿cómo se define a un hippie? El Diccionario de la Real Academia Española define como *hippie/hippy/jipi* tanto al “movi-

miento contracultural juvenil surgido en los Estados Unidos de América en la década de 1960 y caracterizado por su pacifismo y su actitud inconformista hacia las estructuras sociales vigentes”, como al “partidario o simpatizante de este movimiento, o que adopta alguna de las actividades que le son propias”.<sup>8</sup> Una definición concisa, sí, y que a la vez apenas toca la punta del iceberg.

Podría decirse que el movimiento y el “ser” hippie era sólo una de las manifestaciones de esa “vena” contracultural que subyacía en ciertas personas y que se reveló con la exposición oportuna a diversas situaciones y estímulos. La asociación generalizada de los hippies con la esencia en sí de la Contracultura se debe, comprensiblemente, a que fueron éstos quienes en números masivos constituyeron el componente humano, el rostro de la Contracultura. Sin embargo, aunque se tiende a agrupar en el estereotipo hippie a todos los participantes del nuevo movimiento cultural, el acercamiento al tema revela que no es acertada esa opinión. Así como había diferencias entre las tendencias del radicalismo y protesta estudiantil, las hubo también entre los agentes del cambio cultural.<sup>9</sup>

La “misión” profesada por los hippies era aquella de traer al mundo un cambio radical de perspectiva, que no sólo presentara nuevas ideas en un sentido superficial, sino que constituyera una manera fundamentalmente nueva de ver el mundo y de vivir la vida. A diferencia de los movimientos de radicalismo político, no buscaban el poder y, más que una reforma del sistema o la confrontación con la cultura *mainstream*, buscaban la construcción de una nueva sociedad, o al menos, la libertad de retraerse o “retirarse” de ella y vivir de acuerdo a sus valores y creencias.

Cuestionando el producto de siglos de cultura dominada por la razón, los hippies abogaban por un retorno a la intuición y a

lo místico. Rechazaban lo industrial por lo agrario o artesanal, lo plástico por lo natural, lo sintético por lo orgánico. Partiendo de su cuestionamiento de las verdades establecidas en la sociedad, los hippies comenzaron a delinear de manera tentativa o fragmentada, aunque nunca sintetizada o promulgada en forma sistemática, una nueva ética. Dado que la Contracultura en sí estaba compuesta de una amplia gama de puntos de vista, algunos de ellos en desacuerdo, la ética *hip*<sup>10</sup> puede resultar algo embarullada.

Esta ética contracultural, o “contraética”, es tratada o discutida con diferentes niveles de profundidad por varios autores y, en el mismo orden, en análisis de los valores y la moral hippie. En concordancia con la variedad de puntos de vista que conformaban la ética hippie, podría inferirse que dos principales elementos que formaban parte de ésta, en una especie de simbiosis, eran el *comunal* y el *individual*. El carácter único del individuo era resaltado en sus libertades y potencialidades, las cuales eran encausadas en un más amplio sentido de comunidad, siendo el bien común, a través de la interacción de individuos libres y *despiertos*, el principal objetivo de la experiencia humana.

Gracias a las condiciones que presentaba el Haight (y en mayor extensión el Área de la Bahía de San Francisco), las diversas manifestaciones experimentales que tuvieron lugar allí desde mediados de la década de los sesenta comenzaron a darle notoriedad nacional al fenómeno que se estaba desarrollando a través de eventos que gozaron de cada vez más cobertura por parte de los medios de comunicación. Uno de los principales ejemplos de esto tuvo lugar en 1967 —que sería para muchos el “año del hippie”—. El 14 de enero se realizó un evento masivo en el parque Golden Gate, publicitado en el principal periódico *underground* del área, el *Oracle* de San Francisco, y en *posters* o afiches (ambos medios de comunicación a los que la Contra-

cultura dio su “toque”) como “Una Congregación de las Tribus para el *Human Be-In*” [juego de palabras: *Be-In* (Sé/Está-En) se pronuncia como *Being* (de *Ser* Humano)].

Este “baile de paz a celebrarse con los líderes de nuestra generación” –como fue promocionado– atrajo a más de 15.000 espectadores al parque, y los medios nacionales cubrieron ampliamente el evento y catapultaron así a la fama a los hippies. Sin embargo, esto contribuyó aún más a que las autoridades estuvieran en alerta ante el auge que cobraban las nuevas tendencias y el consumo de drogas recreacionales. Se calculaba que decenas de miles de jóvenes adolescentes habían huido de sus casas, escapando de la monotonía y las expectativas de sus padres, en busca de la experiencia neo-bohemia. Para el final de la década, en 1969, el “momento de luz” que representó para muchos el festival de Woodstock, por ejemplo, se vió rápidamente eclipsado por el desastre que fue el festival de Altamont (y sucesos como los “Asesinatos Manson”), tras lo cual se evidenció la inevitabilidad del declive que ya estaba teniendo lugar.

La cobertura mediática del movimiento hippie, del Haight-Ashbury y sus eventos, jugó un rol importante en el desarrollo y eventual declive de éstos. Esta exposición del fenómeno hippie fue un arma de doble filo; las dimensiones dramáticas, sociales, culturales y espirituales fueron en mucho invisibles para los medios, que se concentraron principalmente en escandalizar a la sociedad con historias (sensacionalistas y negativas especialmente) sobre los “nefastos” efectos de las drogas en la susceptible juventud de la nación. Ciertamente, en lo que pareció ser una profecía autocumplida, en muchos sentidos fueron las drogas “duras” las que trajeron consigo la perversión de los ideales y el declive del movimiento.

De manera que, aunque sirvió de ventana para que muchos jóvenes se identificaran auténtica e íntimamente con ese estilo de vida y respondieran al llamado a cambiar su realidad, esta exposición sesgada también sirvió como herramienta para el desmantelamiento de lo creado, y la “absorción de sus contradicciones” por parte del sistema. La llamativa parafernalia hippie fue trivializada, vaciada de cualquier significado profundo y comercializada en el mercado masivo, otro producto más que alcanzaban los “largos dedos” del capitalismo. A medida que se asimilaba la “amenaza”, se le despojaba de todo sentido o significado profundo. Se le despojaba de su alteridad. Observamos entonces que, de forma similar a otras manifestaciones de la Contracultura, como las organizaciones estudiantiles, el fenómeno hippie (y como una de sus expresiones, el Haight-Ashbury) se vio afectado –hasta sucumbir en muchos sentidos– por presiones internas y externas.

Para finales de la década, muchos de los “exploradores” más dedicados escogieron abandonar los enclaves *hip*, en donde había germinado su nueva conciencia. Algunos, en una especie de movimiento de “regreso a la tierra”, decidieron trasladarse a áreas rurales y establecer comunidades o *comunidades*, lo cual llegó a ser otra de las características distintivas asociadas con el movimiento hippie hasta hoy en día. Con el deseo de reconectarse con la naturaleza y llevar una vida menos artificial, lejos de la contaminación, el consumismo y el estrés de la vida urbana, muchos hippies se unieron en esfuerzo y trabajo mancomunado, para construir viviendas, cultivar alimentos (o comprarlos colectivamente), criar a los niños y desarrollar las habilidades e intereses (por ejemplo artísticos/artesanales) individuales y del colectivo. Otros se despojaron de esa identidad junto con sus camisetas teñidas, pero otros más la conservaron, adaptaron y dieron nuevas vías de expresión.

## CONCLUSIONES

En cuanto al legado del fenómeno contracultural encontramos, entre otras cosas, que existe un impacto continuado, de amplio espectro, de la nueva ética y tendencias “fruto” de los sesenta, sobre los tres elementos que hemos señalado como centrales de la Contracultura (sexo, drogas y música) en sus diversas manifestaciones. Tal vez aquí reside en parte la explicación de por qué el fenómeno de la Contracultura es más reconocido como una “Revolución” *cultural* (y no social o política); la fuerza del movimiento radicó, no en ser una lucha por reivindicaciones o por el control del poder, sino por la búsqueda y promoción del cambio de *ideas, costumbres, estructuras mentales y convencionalismos sociales*.

La esencia *hip* se mantiene en algunos enclaves. Con mayor significación continúa existiendo en las vidas de muchos que permanecen en contacto con la visión que experimentaron hace una generación. Y más allá de ellos, en las generaciones de relevo, cuya realidad ha sido moldeada por la Contracultura en tantos sentidos y quienes de alguna manera se identifican con los valores por ella profesados. El “poder de la flor” resultó sí tener algo de inmarcesible.

La indagación sobre la Contracultura evoca alegóricamente a una “matrioska”, aquella muñeca rusa que contiene a su vez una serie de muñecas cada vez más pequeñas, pues de manera similar pasa con el tema en cuestión: a medida que se profundiza en él, se descubren nuevas capas o fuentes de investigación.

## NOTAS

- 1 Para identificar de forma específica la manifestación contracultural surgida en los años sesenta, por lo general se refiere comúnmente a ésta como [la] Contracultura, conservándose el término en minúsculas para hacer referencia al fenómeno en general. Este neologismo de *contracultura*, que aplica en realidad al fenómeno en general, fue aparentemente acuñado en 1968 por Theodore Roszak en su obra *The Making of a Counter Culture. Reflections on the technocratic society and its youthful opposition* (El Nacimiento de una Contra Cultura. Reflexiones sobre la sociedad tecnocrática y su oposición juvenil) para referirse al movimiento social/cultural que se produjo en el mundo, con mayor énfasis en Estados Unidos, durante los llamados Largos Sesenta.
- 2 Este trabajo surge como un “subproducto”, si se quiere, de mi Memoria de Grado, mencionada anteriormente, tutorada por el Dr. Alfredo Angulo R. El presente texto es una adaptación, un “vistazo” de la información contenida –especialmente en los capítulos 4to (*Resuenan las voces de cambio. Los movimientos de protesta*) y 5to (*La Contracultura florece. La revolución cultural; principales actores y elementos*)–, enfocándose así en las dos principales vertientes o ramas del fenómeno sociocultural en el que se enmarcó la llamada Contracultura.
- 3 Se le llama Largos Sesenta al periodo comprendido desde mediados de los años cincuenta, e incluso con raíces en los cuarenta, hasta entrada la década de 1970. Aunque se considera a “los sesenta” como los más icónicamente contraculturales y representativos de los movimientos sociales que caracterizaron la época, sus raíces están plantadas en los años cincuenta y su consiguiente desarrollo, y en algunos casos desenlaces, se extendieron a los años setenta.
- 4 Gradualmente llegaron a aseverar, como señala Doug Rossinow en su artículo “*The Revolution is About Our Lives. The New Left’s Counterculture* [La Revolución es sobre nuestras vidas. La Contracultura de la Nueva Izquierda], que “específicamente *sus* vidas –las vidas de la juventud blanca con educación universitaria– eran centrales para el proyecto revolucionario que veían en curso en América (EE.UU.). Este era el doble sentido de ‘La revolución es sobre nuestras vidas’; el énfasis podría estar tanto en *vidas*, como en *nuestras*”. (En Braunstein y Doyle, 2002, pp. 99-100).
- 5 Consideramos conveniente incluir una observación de tipo historiográfico. De forma mucho más recurrente que en el caso de las publicaciones sobre los movimientos estudiantiles y de izquierda –donde se han abordado con más rigor académico las investigaciones– encontramos un número sig-



nificativo de incongruencias en la selección bibliohemerográfica consultada, en relación al componente cultural (fenómeno hippie, auge de las drogas psicodélicas, etc.) de los Largos Sesenta. El tipo de incongruencias a las que nos referimos (fechas, lugares, cronología de hechos, entre otras), bien pueden pasar desapercibidas en el caso de realizar lecturas aisladas o más generalizadas sobre el tema, mas se hacen evidentes al comparar, por ejemplo, recuentos ofrecidos por varias fuentes sobre un mismo evento o actor social. La Contracultura fue abundante en cuanto a textos literarios, lo cual hace necesario e importante tener cuidado en la selección de las fuentes a consultar. Mucha de la información allí contenida, de la que parten sus análisis, se basa en recuentos o reconstrucciones de los hechos a partir de memorias personales, por lo que es prudente (para lograr una noción más completa de los hechos), comparar diferentes fuentes y no asumirlas como verdades definitivas.

- 6 El Dr. Timothy Leary se apoyó en la teoría del *imprinting* (término utilizado en la etología y en la psicología en referencia a los aprendizajes asimilados rápidamente durante edades o etapas significativas en la vida de una persona, los cuales se dice, dejan una “impronta” en la personalidad del sujeto), para proponer la teoría de “reimpronta psicodélica”. A través del consumo (controlado y guiado) de sustancias como la psilocibina o el LSD, sería posible para el sujeto reemplazar (emocional y neurológicamente) imprints negativas por nuevas imprints positivas, sistemas de creencias y actitudes ante la vida.
- 7 Farber. *The Intoxicated State/Illegal Nation*. En Braunstein y Doyle (2002), p. 24.
- 8 Real Academia Española. (s. f.). Hippie. En *Diccionario de la Lengua Española* (23ª ed.). Disponible en: <http://lema.rae.es/drae/>
- 9 Es importante tener presente, por ejemplo, que no todos los protagonistas o precursores de la Contracultura –como Leary o el mismo Kesey– eran, o se consideraban a sí mismos, hippies.
- 10 Palabra polisémica que en este caso se aplica a aquello o aquellos que se encuentran actualizados, que *comprenden*, en sintonía con lo nuevo. Alguien que “posee o demuestra conciencia o participación en los más recientes acontecimientos o estilos” (Hip. En *Merriam-Webster’s online dictionary*). Disponible en: <https://www.merriam-webster.com/dictionary/hip>.

## REFERENCIAS

- BASSET MCCLEARY, J. (2004). *The Hippie Dictionary. A cultural Encyclopedia of the 1960s and 1970s* [El Diccionario Hippy. Una enciclopedia cultural de las décadas de 1960 y 1970]. Berkeley: Ten Speed Press.
- BRAUNSTEIN, P. y DOYLE, M. W., Eds (2002). *Imagine Nation. The American Counterculture of the 1960s & 70s* [Imagi(na) Nación. La Contracultura Americana de los años 60 y 70]. Nueva York: Routledge.
- BRITTO G., L. (1991). *El imperio contracultural del rock a la postmodernidad*. Caracas: Nueva Sociedad.
- EYNON, B. (1989). "Community in Motion: the Free Speech Movement, Civil Rights, and the Roots of the New Left" [Comunidad en movimiento: el Movimiento por la Libertad de Expresión, los Derechos Civiles, y las raíces de la Nueva Izquierda]. *The Oral History Review* 17, no. 1: 39-69. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3675239>
- GOFFMAN, K. y Dan J. (2005). *Counterculture Through the Ages. From Abraham to Acid House* [La Contracultura a través de los tiempos. De Abraham al acid-house]. Nueva York: Villard Books.
- GUINNESS, O. (1994). *The Dust of Death: The sixties Counterculture and how it Changed America Forever* [El polvo de la muerte. la Contracultura de los sesenta y cómo ésta cambió a América para siempre]. Wheaton: Crossway Books.
- HIJIYA, J. A. (2003). "The Conservative 1960s" [Los conservadores años sesenta]. *Journal of American Studies* 37, no. 2: 201-227. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/27557328>
- HOWARD, J. R. (1969). "The Flowering of the Hippie Movement" [El florecimiento del movimiento hippie]. *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 382 (1969): 43-55. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/1037113>
- HUNT, A. (1999). "When Did the Sixties Happen? Searching for New Directions" [¿Cuándo ocurrieron los sesenta? En busca de nuevas direcciones]. *Journal of Social History* 33, no. 1 (1999): 147-161. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3789465>
- JENKINS, P. (2002). *Breve Historia de los Estados Unidos*. Madrid: Alianza Editorial.
- LEFKOWITZ H. (1986). "The 1960s and the Transformation of Campus Cultures" [Los años sesenta y la transformación de la cultura de los campus universitarios]. *History of Education Quarterly* 26, no. 1 (1986): 1-38. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/368875>

- MARWICK, A. (2005). "The Cultural Revolution of the Long Sixties: Voices of Reaction, Protest and Permeation" [La revolución cultural de los Largos Sesenta: voces de reacción, protesta y permeación]. *The International History Review* 27, no. 4 (2005): 780-806. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/40109676>
- MCCONNELL, W. S. Ed. (2004). *The Counterculture Movement of the 1960s* [El Movimiento Contracultural de los años sesenta]. Michigan: Thompson-Gale.
- METZNER, R. y RAM, D. (2010). *Birth of a Psychedelic Culture* [El Nacimiento de una cultura psicodélica]. Santa Fe: Synergetic Press.
- MILLER, T. (1991). *The Hippies and American Values* [Los hippies y los valores Estadounidenses]. Knoxville: The University of Tennessee Press.
- PERRY, C. (2005). *The Haight Ashbury. A History* [El Haight-Ashbury. Una historia]. Nueva York: Wenner Books.
- ROSZAK, T. (1969). *The Makings of a Counter culture. Reflections on the Technocratic*
- S.A. *Society and its Youthful Opposition* [El nacimiento de una Contracultura. Reflexiones sobre la sociedad tecnocrática y su oposición juvenil]. Nueva York: Anchor Books.